

Wolfgang Eilenberger, *Tiempo de Magos: La gran década de la filosofía 1919-1929*, trad. de Joaquín Chamorro Mielke (Barcelona: Taurus, 2019), 383 pp.

RECEPCIÓN: 10 de diciembre de 2020.

APROBACIÓN: 18 de febrero de 2021.

DOI: 10.5347/01856383.0137.000299749

Es famosa la anécdota de Heidegger sobre la biografía del Estagirita: “Aristóteles nació, filosofó y murió”. El mago de Messkirch quería expresar tajantemente que las cuestiones biográficas nada tienen que ver con la esencia del pensar. Ni que decir tiene que esta conjetura heideggeriana ha sido desmentida contundentemente, de modo que la verdad es precisamente lo contrario: la biografía de un pensador puede darnos decisivas claves de interpretación para comprender las problemáticas a las que se enfrentó y el trayecto intelectual que siguió. Esto es lo que Wolfgang Eilenberger pretende mostrar en su magnífica investigación sobre Benjamín, Cassirer, Heidegger y Wittgenstein. Además, presenta la sugestiva tesis de que los problemas filosóficos que surgen en esa década y los intentos de solución que ofrecen los autores mencionados siguen estando presentes, de una u otra manera, en nuestros días.

En efecto, que Heidegger y Wittgenstein hayan sido comparados en todos los sentidos posibles no sorprende. Pero ¿de qué otra manera podrían entrar los otros dos ases (de la filosofía) para formar este póker, si no fuera por el hecho de que compartieron las mismas circunstancias culturales e intelectuales, a las que respondieron genialmente con una misma intuición expresada de cuatro únicas e irrepetibles maneras: la mística del lenguaje (Benjamin), la filosofía de las formas simbólicas (Cassirer), la fenomenología existencial del *Dasein* (Heidegger) y la terapéutica filosófica de Wittgenstein?

La Primera Guerra Mundial había llevado a Europa, pero también a la filosofía, a una profunda crisis: a la pobreza y al desempleo se aparejaba la falta de categorías y métodos que dieran respuesta a una pregunta ciertamente antigua, pero que, sin embargo, se planteaba nuevamente con aguda inter-

pelación: ¿Qué es el hombre? El *homo symbolicus*, el *Dasein*, el ser que busca el lenguaje divino y el hombre como límite del mundo fueron los formidables intentos filosóficos gestados entre 1919 y 1929 (obviamente, habría que agregar al incansable Max Scheler, a quien la historia ha reconocido como el fundador de la antropología filosófica en sentido estricto con su conferencia *Die Stellung des Menschen im Kosmos* de 1928). Para Eilenberger, los cuatro pensadores que estudia dejaron que esta pregunta impregnara su vida y su pensamiento:

Cabe resumir el desafío que afrontaron los jóvenes filósofos del año 1919 de la siguiente manera: tenían que fundamentar un proyecto de vida para ellos mismos y su generación que se hallase fuera del “encuadre” de “destino y carácter”. En primer lugar, esto suponía, en el plano de lo concreto, de lo biográfico, atreverse a huir de las estructuras hasta entonces imperantes (familia, religión, nación, capitalismo). [64]

Vale la pena detenerse un poco aquí, porque el autor propone una definición del filósofo que nos regresa a los primeros filósofos griegos: “Ser filósofo es una forma de conducir la propia vida de manera consciente, de darle un curso, una forma y una dirección a base de constantes preguntas y escrutinios” (109). Lejos del tinte moralista de la coherencia, lo que se pone de manifiesto es que la acción de filosofar pone en vilo la existencia toda del que se decide por ella. Lo que sí es cierto, es que ser filósofo era todo menos una profesión...

Antes de hacer cada uno a partir de su personalísima trayectoria vital su propuesta de renovación filosófica, los cuatro coinciden nuevamente en la necesidad previa de desarticular la falsa imagen del ser humano que ha traído tan funestas consecuencias: la concepción moderna (cartesiana-racionalista) del ser humano como sujeto transparente y autónomo, con su pensamiento lógico-racional-matemático y su pretensión de ser la explicación definitiva en todos los ámbitos de la vida humana. En efecto, para Eilenberger, “Benjamin manifestaba así una sospecha que también abrigaban Cassirer, Heidegger y, naturalmente, Wittgenstein: la enfática conciencia de libertad del sujeto moderno se debe a procesos de represión y encubrimiento precisamente allí donde se cree del todo libre y soberano” (148). Por eso Cassirer insiste en lo simbólico, Heidegger en lo preteorético, Wittgenstein en lo que únicamente

puede ser mostrado y Benjamin en la decisión, si bien esto último también es, otra vez, común a los cuatro:

La motivación y expectativa aclaradas por Wittgenstein también aclaraban aquella diferencia radical entre “elección” y “decisión” que Benjamin, Heidegger y Cassirer ya establecían en sus escritos del mismo periodo: una elección busca su justificación en las consecuencias previsibles. Una decisión, no [...] Una elección se entrelaza con lo mítico, pero una decisión escapa y libera (en el caso ideal) de la lógica racional, que supuestamente rige la existencia, de causa y efecto, destino y necesidad, culpa y expiación (163).

Unidos en el desafío y la problemática, también se unieron los cuatro filósofos en la perspectiva de respuesta, retomando en un sentido radical la ya célebre sentencia aristotélica sobre el hombre: *zoon logon ejon*. El lenguaje como fenómeno fundamental para la comprensión de la esencia humana: “El lenguaje no es, en este sentido, una forma simbólica entre otras, sino la más importante y elemental. Es el auténtico cimiento de nuestra idea del yo y del mundo” (119). Aquí quizá sea Cassirer la excepción, pero los otros tres se distinguieron por ser maestros del lenguaje, por sus escritos densos y oscuros, lo que muchos interpretan superficialmente como falta de claridad, pero que en realidad es el esfuerzo pensante al abrirse nuevos caminos y nuevas posibilidades. De otra manera, no se entiende la atracción que ya entonces ejercieron estos pensadores y que 100 años después siguen ejerciendo.

Al unir las cuestiones existenciales (la decisión sobre la elección) con la cuestión del lenguaje que debe ser liberado de sus rígidos límites racionalistas, Eilenberger observa con acierto que la ética filosófica no tiene cabida en los autores estudiados, pues ni el ser humano puede seguir concibiendo lo bueno y lo malo únicamente a partir de su “razón”, ni el lenguaje es adecuado para formular una ética genuina, la cual solo puede ser mostrada (213).

El acontecimiento que marca el inicio y el final de la obra es la conferencia de Davos de 1929. Los participantes, obviamente, fueron Cassirer y Heidegger, pero las cuestiones que allí se debatían no eran en absoluto ajenas a Benjamin y a Wittgenstein, quien ese año había regresado a Cambridge:

¿Cómo habría que entender esa salida a la infinitud y la eternidad? [...] ¿Cuál sería el papel del lenguaje humano en este proceso? [...] ¿Cómo describir la estructura de la experiencia que es la base de todo sentido, y con qué métodos: el físico-experimental, alguna variante del fenomenológico, el basado en la expe-

RESEÑAS

riencia cotidiana? [...] ¿Y qué papel desempeña aquí el tiempo? [...] Durante el año 1929 Wittgenstein llenó febrilmente varios cuadernos de notas con pensamientos que giraban justo en torno a las preguntas de Davos (335).

Todo lo anterior entremezclado con cuestiones políticas (Cassirer era el único demócrata, mientras que Wittgenstein y Benjamin coqueteaban con Moscú y Heidegger con el NSDAP), religiosas (el judaísmo de Cassirer y Benjamín, el alejamiento de Heidegger del sistema del catolicismo y la búsqueda infructuosa de Wittgenstein) y de carácter (Benjamin y su inconstancia, Heidegger y su espíritu erótico, Wittgenstein y su rasgadura espiritual, Cassirer y su equilibrio académico).

La “gran década” de la filosofía termina con Heidegger como sucesor de Husserl en Friburgo, Cassirer como rector de la Universidad de Hamburgo, Wittgenstein de regreso en Cambridge y Benjamín aquejado por un colapso nervioso. Ya estaban dibujadas las líneas maestras del pensamiento de estos cuatro enormes magos de la filosofía.

CARLOS GUTIÉRREZ LOZANO
Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM